EL SONIDO DEL PANICO

por José Luis Velasco

La caja, envuelta en terciopelo color carmesí, había pertenecido en poder de su familia durante generaciones. La luz de la razón le implía a rechazar que la caja fuese portadora de un terrible maleficio; pero no podía olvidar que su madre había muerto el mismo día en que se decidió a abrirla...

Una mañana, a principios del otoño, la levantarme para ir al colegio, una mañana lluviosa y oscura a causa de un cuelo plomizo que cubría la estepa y acentuaba la tristeza de los viejos pinos del jardín de mi casa; pinos que habían crecido a su antojo durante lustros y sus ramas tocaban ya los cristales de los balcones; una mañana, digo, al levantarme para ir al colegio, entró en el dormitorio mi abuela; no pasó a despertarme, como todos los días, Amelia, la doncella de mi madre, sino, cosa extraña, mi abuela, con su toca malva y las manos un poco deformadas por la artritis, limpia y sonrosada, quizás algo nerviosa, apenas nada, para decirme que me vistiera deprisa a fin de marcharme al colegio. Para decirme también que aquel día no regresaría a casa, sino que a la salida de la escuela, me esperaría mi tía Adela para llevarme con ella durante una semana.

—¿Por qué? —le pregunté mientras, diligente, comenzaba a vestirme.

—Mamá se ha puesto enferma —contestó nada más, sin aclarar cuál era la relación entre el hecho de que mi madre se hubiese puesto enferma y la necesidad de que yo no estuviese en casa por el espacio de una semana.

Tampoco inquirí ninguna aclaración, porque el tono de la voz de mi abuela y su semblante, ligeramente pálido y agitado me indicaban que la enfermedad de mi madre era un suceso demasiado turbador sobre el que yo no debía hacer preguntas. Y a la vez que llegó la abuela a mi dormitorio para decirme eso, percibí en la casa, por los pasillos del piso alto y en al planta baja, una serie de idas y venidas, movimientos y conversaciones inusuales que me sumieron en una extraña congoja; abajo se escuchaba a varias personas hablando en voz queda, voces graves de hombre, y varias veces, a aquellas horas tempranas en que jamás venía nadie a vernos, oí l campanita de la puerta de la calle indicadora de que estaban llegando visitantes. En algún rincón del piso alto creía advertir sollozos apagados, y la tristeza de aquella mañana de

otoño se cargó de pronto de una angustia laxa e intemporal, como si las nubes y la lluvia y el páramo se quedasen de súbito sin tiempo, pendientes de un momento de melancolía aciaga, que yo debía disimular para irme al colegio deprisa, como si nada fuera de lo común hubiese ocurrido, pese a que comprendí en seguida que mi madre había muerto.

Cuando regresé a mi casa al cabo de cinco días, no pregunté por ella; era obvio que ya no estaba en casa. Nunca la mencioné durante el resto de mis días; sabía que había desaparecido y no regresaría jamás, máxime cuando encontré a toda mi familia enlutada, máxime cuando mi abuela se ocupó de mí apenas llegué, encargándose, solícita, de todos los cuidados que mi madre me prodigaba; máxime cuando mi padre, durante unos cuantos días, me trató con una deferencia especial; él, que apenas me hizo caso nunca, como si desease, en cierto modo suplir un poco con alguna caricia o alguna pregunta mientras comíamos («¿qué tal hoy el colegio?») la ausencia de mi madre; hasta que, finalmente se olvidó de este ceremonial a todas luces forzado y volvió a ser el caballero lejano de siempre: un individuo alto, con gruesas patillas, que entraba y salía de casa, o desaparecía durante varios días, con su eterno puro delgado entre los dedos.

Sólo mucho más tarde, cuando mi abuela creyó entender que yo había entrado ya en edad de razonar, la tarde de un domingo aburrido y sofocante de septiembre, cuando yo estaba estudiando en mi cuarto y ella pasó a recoger la taza de café que me había tomado después de comer, comenzó a hablarme y yo acepté gustoso su conversación porque se produjo uno de esos momentos cálidos que provocan a veces los ancianos queridos, cuando te cuentan anécdotas o sucesos del pasado y sabes que no mienten, tan sólo adornan el relato con cierta lentitud cariñosa que no sólo te depara un conocimiento curioso de hechos ocurridos hace cincuenta o sesenta años, sino que también te permiten saber detalles reveladores de otra generación de gentes que llevan tus mismos apellidos. Entonces habló de mi madre, me hizo notar que yo nunca había preguntado nada sobre ella a partir de la mañana en que vino a despertarme diciéndome que estaba enferma, y, omitiendo detalles, me narró las circunstancias de su muerte, narración que escuché absolutamente en silencio mientras la tarde caía acentuándose el bochorno y por los caseríos aislados del campo comenzaban a ladrar los perros; un relato que, desde ese momento, le deparó a mi vida una vaga inquietud siempre presente. Anoto, resumida su historia:

«Fui yo quien la encontró a la seis de la mañana. Ya sabes que, desde hace muchos años, duermo muy poco. Me dirigí, como todos los días, hacia la cocina, para ir preparando los desayunos despacio... Sí, incluso los de las criadas. ¿Por qué no voy a prepararles el desayuno a las chicas si yo me despierto dos horas antes que ellas? Al pasar frente a la biblioteca vi luz que se filtraba por debajo de la puerta. Desde el primer momento me pareció algo muy extraño; pensé que, la noche anterior, alguien se había dejado encendida la lámpara de la mesa antes de irse a dormir. Pero, ¿quién? Tu padre no solía entrar en la biblioteca después de cenar y mamá era muy raro que omitiese un detalle como apagar la lámpara al irse a la cama; ella era muy escrupulosa, mucho, tanto como yo, en todo lo que se refiere a detalles domésticos. De modo que abrí la

puerta con la intención de apagar yo misma la luz. ¡Oh, qué espanto, Eugenio, qué espanto! Mamá estaba allí, sentada frente a la mesa de la biblioteca... Muerta. No dudé un instante de que lo estuviera, no era posible dudarlo. Pero mucho más terrible que eso fue contemplar su semblante. Se había quedado sentada, mirando al frente, recostada sobre el respaldo del sillón... ¿La recuerdas? Pienso que no se trata de pasión de madre, pero era muy hermosa, muy hermosa...

Tenía entonces treinta y dos años y estaba en la plenitud de su belleza: alta, distinguida, con el pelo dorado y una piel fina y pálida que parecía de terciopelo. Pues bien, hijo mío, todo eso había desaparecido en una noche, tal vez en unos segundos. Estaba allí, con los ojos horriblemente abiertos, desorbitados, desfigurada por una expresión indecible de terror infinito; su rostro, envejecido súbitamente, mostraba atroces arrugas de anciana, y el tono ceniciento de su piel, delataba un espantoso final presa del pavor. Sí, es cierto que el pánico encanece en muy poco tiempo, en unas horas o quizá, en unos minutos. Su precioso cabello dorado aparecía completamente blanco. ¿Cuánto duró ese tránsito de la vida a la muerte a causa del espanto? ¿En cuánto tiempo aquella mujer espléndida se había transformado casi en una anciana de alquelarre? Supe en seguida la causa, Eugenio, lo supe en seguida... Ella, no sé por qué —Dios mío, me lo he preguntado muchas veces—, no sé por qué, había abierto la caja. La tenía delante, sobre la mesa, cerrada ya. Su mano derecha yacía sobre la tapa, como si la hubiese bajado de nuevo cuando ya era demasiado tarde... No pudo ser otra cosa, no hay ninguna otra explicación... Sí, Eugenio, ella la abrió...»

En el transcurso del relato, que mi abuela refirió haciendo muchas pausas, ahogándosele a veces la voz en un llanto contenido y aniñado, la noche había cerrado por completo sobre la comarca. Los ladridos de los perros en la lejanía delataban el paso de caminantes extraños o perdidos en la oscuridad de aquellos parajes.

—¿Está aún la caja en casa? —le pregunté.

—¿Sabes tú algo de ella? —preguntó mi abuela a su vez—. ¿Alguien te habló alguna vez de esa maldición?

—No abiertamente. Pero ya conoces el instinto infantil para descubrir ciertas cosas a través de palabras aisladas, comentarios disimulados o gestos de entendimiento tan sólo, que los adultos ponen en práctica, creyéndolos indescifrables, cuando se ven obligados a tratar temas, inconvenientes delante de ellos...

—¿Qué sabes, hijo mío?

—Sé que en casa hay una misteriosa caja, incluso la vi siendo niño en cierta ocasión, cuando mamá ordenaba los cajones del escritorio grande... No me dijo nada, pero lo supe. La delató una mirada furtiva, como un relámpago, y un gesto rápido tratando de ocultarla en seguida... Una caja siniestra, según todos, que conserva nuestra familia, la rama de papá, desde hace siglos.

—Sí, mucho, mucho tiempo.

—Una caja que encierra algo... abominable, ¿no es cierto?

—Sí, cariño, sí...

—Pero, ¿qué es? ¿qué contiene?

—No lo sé, ni quiero saberlo... Tan sólo puedo decirte que..., que no

debe abrirse jamás. ¿Me entiendes, Eugenio? Jamás, bajo ningún concepto. Tu madre, pobre hija mía, lo hizo.

Permanecí unos instantes en silencio. Se había levantado de pronto un viento racheado que, atravesando el páramo, se filtraba por las junturas de las ventanas silbando siniestramente. Estaba en los comienzos de mi carrera de ingeniería, que había emprendido sin grandes entusiasmos, más bien obligado por una tradición familiar, y el contacto directo, incluso intenso, con una zona del saber puramente científica, había impregnado mis hábitos mentales de un cierto rigor sistemático que, en principio, rechazaba historias tan insólitas como la de aquella caja que, con su carga de horror, permanecía en algún lugar de la casa.

—Yo creo, abuela, que esa historia de la caja debe pertenecer al terreno de la fábula; su poder fatídico, o lo que sea, tiene que ser una leyenda... A mamá debió ocurrirle otra cosa.

—No, hijo mío, no. Ella tenía la caja delante cuando la descubrí muerta. ¿Qué otra cosa podría haber sido? Somos una familia sin problemas o con los problemas comunes que aquejan a todo el mundo. He pensado mucho durante estos años, mucho, casi continuamente, y no hay nada, te lo aseguro, que hubiera podido producir aquel horroroso espanto devastador marcado en el rostro de tu madre...

—Pero, ¿está la caja en casa? No me has contestado...

Mi abuela me miró a los ojos dibujando en sus facciones, de formas redondeadas y limpias, una expresión severa, concentrada y absolutamente seria.

—Si.

—Quiero verla.

La simple formulación de este deseo hizo que mi abuela se sintiera embargada de inmediato por una agitación y un nerviosismo, desacostumbrados en ella, que la hicieron ponerse en pie y hablar de forma entrecortada.

—No, no, por Dios, Eugenio... No debes verla... Ya es muy tarde, se trata de una caja normal. Me voy abajo: tengo que decir a las chicas lo que tienen que preparar para la cena... No me pidas eso...

Me costó mucho trabajo vencer la obstinación de mi abuela sobre este asunto, pero era inevitable que alguna vez claudicase: no era posible que algo tan monstruoso permaneciese en nuestra casa eternamente oculto al único heredero; incluso resultaba necesario que yo conociese su escondrijo, y una noche de julio, cuando un sofocante bochorno se abatía sobre la llanura y el campo se pobló del remoto chirriar de los grillos y todas las ventanas de la casa permanecían abiertas para que una suave brisa tibia orease los aposentos, ella, con su paso vacilante, me condujo hasta la biblioteca ovalada, se aproximó al severo escritorio de caoba que yo había visto siempre en el mismo lugar desde mi niñez y sacando una llavecita de su monedero, abrió uno de los cajones. Envuelta en un paño de terciopelo granate, que tocó con evidente desasosiego y aprensión, como si se tratase de algo prestado, estaba la caja. Antes de retirar completamente el paño, mirándome con aquella expresión del todo severa que adoptaba cuando debía comunicarme algo solemne, insistió:

—Júrame que no la abrirás... Por Cristo crucificado, Eugenio, júramelo. Recuerda lo que le pasó a tu madre.

—No la abriré, abuela, te lo aseguro.

La caja, a primera vista, no mostraba ningún dato que produjese la menor sospecha sobre cualquier modalidad anormal: era de madera, rectangular; la tapa carecía de cerradura, por lo que se deducía que abrirla era tan sólo cuestión de desearlo. Sus dimensiones, relativamente pequeñas, evocaban la imagen de un joyero común, pero su superficie, lisa, carecía de cualquier clase de ornamentación. Se conservaba, pese a la antigüedad que podría atribuírsele según las informaciones que yo poseía, casi flamante. Ni una sola muesca o rasguño alteraba la limpieza de sus caras. Tan sólo un tono demasiado oscuro de la madera y un veteado que se marcaba profundamente delataban, quizás, un origen muy distante en el tiempo. Y, sin embargo, en el silencio de la biblioteca, teniendo próximo el páramo, cuya presencia cercana durante toda mi vida no le había restado nada de su pérfido hechizo desolador, la caja suscitaba ese instinto de prevención vigilante, ese estado de alerta que inmediatamente provoca la presencia de cualquier ofidio; seres estáticos y en apariencia indiferentes que, sin embargo, parecen contener todo el horror de una amenaza oscura e inminente. Criaturas que incluso poseen, pese a la prevención que provocan, una dosis de atracción que te impiden alejarte de ellas cuanto mayor es el temor que transmiten, tal es su ambiguo grado de fascinación alevosa.

—Está bien, ya la he visto —le dije a mi abuela sin hacer ningún comentario—. ¿Por qué no la tiramos? Sería una buena solución para alejarla de nosotros...

Mi abuela volvió a mirarme con fijeza y severidad.

—¿Quién sabe, quién sabe lo que eso podría acarrearnos, las desgracias que nos traería tal acción? Mientras permanezca cerrada nada ocurrirá... Está aquí desde hace siglos, y aquí debe seguir.

Los perros de los caseríos habían enmudecido, lo noté entonces. Tan sólo, de vez en vez, quebrantaban el bochorno nocturno con ese indeseable aullido prolongado que te traspasa el ánimo haciéndote presentir la presencia de la muerte en algún ámbito incierto de la noche.

Han pasado muchos años, y a esa edad en que las gentes de mi condición han accedido al calificativo de personas respetables, una fatídica suma de acontecimientos desgraciados y turbulentos me han arrastrado a un estado de permanente ignominia que tan sólo pueden mitigar desesperados paseos a caballo por el páramo a la caída de la tarde: paseos inexcusables que, en alguna medida, atenúan mi desolación, galopes errantes sintiendo el aguacero salpicando sobre mi rostro o el huracán azotando mi cuerpo dolorido. Apenas atiendo a mi aseo personal ni a la administración de mi patrimonio; desde que mi padre y la abuela murieron, la decadencia de la casa comienza a hacerse martirizante en el deterioro progresivo del mobiliario, en el polvo que cubre las estanterías, los marcos de los espejos, los libros... Jamás he trabajado; alejado de amigos y relaciones desde hace mucho tiempo, mi fortuna me ha deparado el tormento de poder saborear, detalle a detalle, durante días y años que se arrastran como siglos, el inexorable

desmoronamiento de mis posesiones y de mí mismo. Ella es la causa, ¡ella!

Contraje matrimonio, muy joven, con una mujer a la que cuadran, en la actualidad, todos los epítetos que contienen el concepto de «detestable». Sigue siendo hermosa o, si deseo ser exacto, cegadoramente apetecible. La he visto cruzar mil veces por los aposentos de esta mansión opresora con la insolencia perversa de quien te ignora y eso, precisamente, provoca su placer; he acechado sus viajes a la ciudad, cuando ella se marcha a media mañana dejando en las estancias el aroma turbador de sus perfumes marchitos, el anuncio lacerante de cien frivolidades indignas, el rastro de aventuras clandestinas, vividas al lado de otros hombres con la impunidad de quien se sabe inmune. A veces demora su regreso varios días, y cuando vuelve, siniestra y hermosa, con las marcas de su rostro ojeroso de días y noches de lascivia y deshonor, la congoja me sume en un silencio turbio y rencoroso que me impulsa a esconderme como un perro castigado en el último rincón de la casa o a cabalgar, desesperado y loco, por la llanura. Hace tiempo que dejé de recriminarle su conducta: sus gestos altivos, su distante arrogancia, acentuada por una diabólica sonrisa de desprecio, la implacable tenacidad con que ejerce su libre albedrío, han terminado por convertirme en una sombra errante que merodea insomne por los parajes desolados que rodean nuestra casa.

En ocasiones, desde hace aproximadamente dos años, he intentado buscar alguna ocupación absorbente que me hiciese olvidar su existencia, alguna de esas tareas cuya fascinación continuada te sume en una obsesión permanente haciéndote eludir incluso tus costumbres más arraigadas. Me he dedicado al estudio de la caja. Desde que mi abuela me la mostró un atardecer de verano, hace ya más de veinte años, nunca había vuelto a ocuparme de ella, en parte por que jamás he sentido tal necesidad, también quiero confesarlo, a causa de un extraño recelo, algo semejante al sentimiento que producen algunos objetos que yacen en viejos armarios con olor a difunto, cuya fisonomía, reveladora de la muerte, les confieren la condición de intocables. Pero cuando me decidí a ocuparme del tema, cuando me atreví a apartar el paño granate que cubría la caja para verla de nuevo y no sabía cómo iniciar una investigación que me proporcionase algún dato revelador sobre su naturaleza o su procedencia, el azar me deparó un hallazgo espantoso.

Apenas hace dos meses, entre los papeles que mi padre dejó al morir ordenados en carpetas atadas con cintas, he encontrado una decena de pergaminos donde se habla de ella; no explican mucho, tan sólo, en un inventario de los bienes de mi familia fechado en 1780, se la nombra entre un lote de objetos que incluye piezas de mucho más valor: óleos de la escuela flamenca y española, joyas, muebles antiguos, porcelanas... Y la caja. Se la menciona de pasada, «... una caja procedente de las cámaras del señor Gilles de Rais, que no debe abrirse...» Tan sólo eso y, sin embargo, admito que sentí un escalofrío al leer un texto aparentemente inocuo, pero en el que golpeaba aquel nombre: Gilles de Rais, el monstruoso sádico, violador y torturador de niños, que vivió en la Francia de Juana de Arco, durante la primera mitad del siglo XV. Un sujeto abominable del que la historia consigna espeluznantes orgías cuyas

víctimas eran niños sometidos a tormentos y vejaciones feroces. Esto es todo, porque no he querido profundizar más. El hallazgo de esta noticia ha detenido mis pesquisas más que impulsarme a seguirlas; es demasiado el horror que ahora me produce la caja para indaga morbosamente en un tema que me provoca náuseas. Por eso, desde hace dos meses, y tras un lapso de tiempo inapreciable en el que conseguí eludir mis sufrimientos, he asumido otra vez la condición de espía de los movimientos de mi esposa; observador impotente de sus salidas y llegadas, entre las que existe ese deleznable período de sus ausencias, cuando deambulo por los corredores de la casa, por las cámaras y buhardillas, por las bodegas subterráneas, imaginando, incluso con cierta delectación insana, su risa, sus gestos, sus caricias, los detalles más nimios y más atroces de sus maniobras eróticas, mi tormento prodigadas a otros hombres.

Afortunadamente, mi tormento va a terminar. Este atardecer despreciable ella ha precipitado, de improviso, el final. Cuando aún no había cerrado la noche, desde la ventana de mi dormitorio he visto avanzar de regreso su coche de caballos por la carretera que atraviesa el páramo. El aire diáfano del acerado anochecer que presagiaba nieve permitía oír todos los sonidos de la llanura con nitidez. Una risa loca y convulsa rasgaba el aire de la estepa. Era suya y procedía del coche de caballos; a su lado, el rumor esporádico de una voz más grave, masculina, que se mezclaba a las carcajadas de laura, me han hecho tomar una decisión súbita y desesperada. Regresaba acompañada. Jamás se había atrevido a tanto: una especie de puñalada abrasadora me golpeó el corazón.

Entró en el vestíbulo acompañada por un hombre maduro, alto y distinguido, vestido de oscuro. Su risa nerviosa hería las paredes, los tapices oscuros, los jarrones, las alfombras. Llegaba borracha, con el maquillaje descompuesto y su vestido desordenado, quizás, sí, más hermosa que nunca. El caballero de oscuro, más sereno, mostraba el azoramiento propio de una circunstancia que podía resultar harto peligrosa.

—¡Eugenio, querido! —gritó ella llamándome— ¿Dónde te has escondido hoy? Baja a conocer a míster Simpson... No te va a hacer nada, cariño...

Presa de un impulso cegador salí de mi cuarto y me dejé ver en lo alto de la escalinata que conduce al vestíbulo. Mi mirada, que yo advertía cargada de esa clase de ira que anuncia una explosión de violencia, incluso de sangre, hizo reaccionar inmediatamente al hombre.

—Caballero, discúlpeme por esta intromisión en su casa —dijo apenas verme—. He querido acompañar hasta aquí a su esposa que no se encuentra del todo bien. Insisto, le ruego que me disculpe. Buenas tardes.

Y, rápidamente, con los ademanes de un huido, abrió la puerta y salió del vestíbulo mientras ella le diría alguna frase confusa y despectiva en la que distinguí claramente la palabra «idiota». Poco después, mientras Laura y yo permanecíamos en silencio, quizá mirándonos con asombro, como quien se descubre de pronto, escuché los cascos del caballo alejándose por la carretera.

Lo había decidido; con el cerebro presionado por una turbulenta carga de odio y desesperación, bajé lentamente la escalera intentando no alterar

mis movimientos, procurando mostrar esa clama que se traduce en lentitud cuando la cólera te ciega, pero, a la vez, tratas de contener el estallido de tus impulsos hasta el momento preciso. Me acerqué a Laura, y con un tono martilleante y pausado que conminaba a obedecer, le dije:

—Acompáñame a la biblioteca. Quiero mostrarte algo que desconoces y que está hace muchos años en esta casa.

Ella me siguió arrastrando su cuerpo sugerente con una cadencia abandonada, con el rostro sofocado por el alcohol y la excitación, haciéndome caso como quien condesciende a la petición de un imbécil.

La biblioteca estaba fría: habían comenzado a caer los primero copos de nieve y en el páramo se escuchaban, como todas las noches, los lejanos ladridos de los perros. Saqué la llave del cajón del escritorio donde permanecía la caja desde hacía tal vez siglos y, mientras procedía a abrirlo, cada vez más tranquilo, le dije:

—Siéntate ahí, en esa silla.

La misma donde se encontraron muerta a mi madre. Y ella obedeció, justamente cuando yo tomé la caja con un escalofrío y los perros de la noche habían dejado de ladrar y se hizo un silencio absoluto en el páramo y en la casa y me acerqué a la mesa para depositar sobre ella la maldición y miré directamente a los ojos de Laura, al fondo del infinito de su s pupilas claras, con amor, es cierto, con amor, presintiendo que aquella mirada era, sí, una despedida amarga y ella seguramente lo comprendió, porque su piel palideció de pronto al tiempo que un perro perdido estremecía el frío de la noche con un aullido de muerte y yo colocaba la caja delante de ella sobre la mesa y le decía «es para ti, ábrela», y Laura adelantaba su mano cerúlea hacia el cofre y sus dedos tocaban la tapa de madera para levantarla, quizá sorprendida, expectante sin duda...

Al principio no ocurrió nada, salvo que el silencio del mundo se hizo más intenso, excepto que, desde el fondo de la caja, pareció escucharse un sonido errático, como un murmullo lejano, muy lejano, agudo e hiriente, un sonido que fue en aumento, que creció terrible y espantoso, imponderablemente helado e incisivo, proveniente de un abismo insondable, la suma de cientos de miles de lamentos infantiles que no eran exactamente humanos, que no se podía decir qué eran, salvo que todo cuanto produce calor en la Tierra, salvo que cualquier conexión orientadora que te permite saber que hay lagos y tazas o muchachas en flor, se perdía sumiéndote en un horror insoportable: el lamento de mil almas infantiles arrojadas en la atroz soledad del hielo, de la negrura, de la nada; un sonido que lo ocupó absolutamente todo con un sostenido grito de pavor inacabable, llenando hasta la última partícula de un ámbito definitivamente aterrado, un sonido sin equivalente, sin final, sin final, sin final: el asesino sonido del pánico.

La criada que se ocupaba de limpiar el polvo de la biblioteca los encontró a alas diez de la mañana. El rigor mortis acentuaba lo macabro de la escena. La señora permanecía con los ojos desorbitados por el horror recostada sobre el respaldo del sillón; su mano derecha reposaba en la tapa de la caja. El hombre estaba de rodillas, junto a ella, abrazado con desesperación a su cuerpo. Sus rostros, cuya piel había adquirido una siniestra tonalidad cenicienta, mostraban un atroz envejecimiento súbito. El cabello blanco de ambos aún permanecía erizado.